

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 24.—BARCELONA 14 DE DICIEMBRE DE 1914



Retirada del ejército ruso del Narev, después de la batalla de Tannenberg (*Dibujo de Fritz Bergen*)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Escasa intervención de Alemania en el fin del poderío británico.—II. Peligros a que puede conducir la guerra económica.—III. Momentos de salvación o de ruína para Francia.

I.—Escasa intervención de Alemania en el fin del poderío británico

A pesar de que se va viendo más claro cada día que todos los acontecimientos del presente conflicto están sujetos a las leyes inexorables del progreso y de los destinos de la humanidad, todavía hay quien se empeña en presentarlos como originados por hechos insignificantes y preparados por media docena o una docena de diplomáticos y gobernantes. En nuestros tiempos no se lanza a la guerra con perfecta unanimidad y exponiéndose a la ruina, al hambre y a la pérdida de su libertad, a pueblos de muchos millones de habitantes, por motivos fútiles y manejos hábiles que no llegan al alma y a la inteligencia popular. Repetidamente y con la anticipación de más de un año hemos expuesto las causas de la guerra y los móviles altos y de orden superior que se persiguen en la contienda. No hay que volver sobre ellos, bastando compadecer a los que no quieren o no pueden elevarse al punto de vista únicamente exacto.

La intervención de Turquía en la guerra, la rebelión del África del Sur, la conmoción en la India,

los alzamientos parciales en Egipto, la actitud de los persas, la intranquilidad y los combates en las costas de Africa, etc., se han atribuido a la acción y la iniciativa de los alemanes, y se oye, más a menudo de lo que se debiera oír, la exclamación: ¡Nadie podía imaginar que el poderío de Alemania fuera tan grande! ¡Se ha equivocado Inglaterra!

A poco que se reflexione se comprenderá que Alemania por sí misma, aunque tuviera triple fuerza, no habría podido levantar tantos obstáculos a la Gran Bretaña. Si en lugar de Alemania, hubiera sido Francia o Rusia o los Estados Unidos, en general cualquiera gran potencia, la que se lanzara contra Inglaterra, habría ocurrido exactamente lo mismo que ahora. No hay que poner en el haber de Alemania éxitos que no le corresponden; pero el debe, incuestionable, ha de recaer sobre Inglaterra.

En resumen, ¿qué ha ocurrido? Si supiéramos historia, aunque sólo fuera la nacional, no sería menester preguntarlo, ni ocuparse en esta cuestión.

Inglaterra pesa demasiado; ha tenido, ciertamente, la habilidad de conceder la autonomía, no a sus colonias más adelantadas, sino a aquellas que menos fácilmente podía retener (Australia, Canadá), pero

en compensación, en vez de colonizar a la manera española, portuguesa, y aun francesa, se ha cuidado casi exclusivamente de explotarlas en beneficio propio. El país más atrasado de todos los sujetos a su tutela—y por esto lo tomamos como ejemplo—es la India; pero no faltan allí entendimientos con luces naturales suficientes para comprender que les sería más conveniente trabajar en provecho de sí mismos que sacrificarse por sus conquistadores; no dejan de ver los tales, que los adelantos de la civilización y del progreso que se han llevado a aquel vasto territorio lo han sido casi exclusivamente para el servicio y la ventaja de sus dominadores, quedando a los naturales reservado el triste privilegio del trabajo y la resignación. Mientras se les ha tenido desarmados y mientras se han dado a unos cuantos favorecidos por los ingleses todos los medios de hacerse respetar y obedecer, el país ha tenido que inclinar la cabeza, pero así que ha sentido aflojarse la presión del yugo y ha podido erguirse, el ansia de libertad y de independencia, el sentimiento nacional, tan arraigado en el hombre, ha vuelto a abrirse paso franco. Lo mismo ha ocurrido en Egipto, y el Trasvaal y en Rhodesia, y en otras tantas partes.

En el aspecto religioso, los musulmanes no pueden perdonar nunca a los ingleses los agravios que les han inferido. ¡Cuántos y cuántos años ha tenido la Sublime Puerta que disimular el odio a Inglaterra, nación causante de todas sus desdichas!

Cuando se posee un imperio colonial tan extenso como el de la Gran Bretaña, asentado sobre un régimen de fuerza, aunque en la apariencia no lo sea, es difícil detener el fuego cuando prende a la la leña almacenada durante siglos. Así nos pasó a nosotros en América, sin que debamos llorarlo; y a principios del siglo pasado, no estaban más adelantados aquellos jóvenes países que hoy lo están Egipto y el Africa del Sur. Es una ley fatal de la historia, que ha de cumplirse más tarde o más temprano; acaso todavía en esta ocasión consiga la Gran Bretaña cortar el mal antes de que sea irremediable, pero no durará un siglo su artificioso poderío. Sus vasallos de ultramar han visto ya que no es tan poderoso el león como lo pintaban, y que no se basta a hacer frente a uno sólo de sus rivales europeos. La señal de la decadencia de la Gran Bretaña apareció el día que los contingentes indostánicos desembarcaron en Francia. En aquel mismo momento, los vasallos dejaron de ver en sus dominadores entes superiores y los miraron como iguales. Lo mismo puede decirse de Francia: su fuerza moral en Argelia, en Marruecos y en Senegal, se ha desvanecido para siempre. A esta guerra seguirán, en plazo breve, otras en Africa, suponiendo que los franceses salgan victoriosos de la presente, porque si son derrotados perderán las colonias.

De esta suerte, Turquía no ha hecho más que aprovechar la ocasión para desquitarse de lo perdido, y las colonias anglo-francesas, nunca bien halladas con su régimen, pretenden sacudirlo. Alemania ha sido ajena en el fondo a todos estos movimientos, aunque su diplomacia se engría de un éxito que no le pertenece. Lo único que debe serle atribuido es su resolución de demostrar ante las colonias inglesas, a la vista de los indígenas, que había otra nación

que no se dejaba doblegar por Inglaterra, es decir, que ha dado el ejemplo, tan pronto seguido por todos. Y en estos alzamientos, lo peligroso es el primer chispazo, el primer paso; una vez dado, no hay remedio; tras un período más o menos largo de luchas e intranquilidad viene la resolución final. Por desgracia para Inglaterra, hay otras naciones poderosas, que anhelan y ansian la caída del mayor Imperio que ha visto el mundo. ¿Ha pensado Inglaterra en el porvenir que se presenta a Italia en el Mediterráneo, del lado de Egipto, toda vez que le está vedado pensar en la Argelia? ¿Tiene en cuenta Inglaterra que hay otra gran nación—Estados Unidos—con más títulos geográficos para colonizar en Asia y Oceanía? ¿Ignora que el Canadá está prendido con alfileres a la madre patria? ¿Acaso no ve que la América del S. se apresta a tomar parte en el movimiento internacional, para el que tiene tanta capacidad como el que más? No son sólo, pues, sus colonias los enemigos de mañana, sino que lo será todo el mundo. Guarde intacta su poderosa escuadra, si no quiere que antes de muy poco el temor que inspira se trueque en menosprecio. Ha llegado la Gran Bretaña al punto capital de su grandeza y comienza su declinación. Lo mismo ocurrió con Roma y con España y con Holanda y con Portugal y con Marruecos y con Turquía. Después de Inglaterra, pero a muchísima más distancia, llegará la hora para Rusia. Un gran Imperio, no puede tener solidez si no se organiza a la manera de Alemania o de los Estados Unidos del Norte y del Sur de América.

II.—Peligros a que puede conducir la guerra económica

Francia e Inglaterra se han percatado oficialmente al fin de lo que sabíamos antes, desde el mismo día de estallar la guerra. El comercio alemán continúa, con más o menos tropiezos, a través de los países neutrales, y estos mismos países neutrales cuidan del abastecimiento de aquel Imperio.

Los caminos por donde se mantiene la actividad económica de Alemania son dos: los países escandinavos y Suiza e Italia; Holanda ha quedado casi inutilizada, aunque en los primeros meses fué la verdadera puerta de Alemania. Contra los países escandinavos se ha blandido el arma temible de cerrar el mar del N., medida arbitraria, porque se emplea ante costas neutrales y sin una escuadra que asegure el bloqueo. Pero como Suecia, Noruega y Dinamarca son débiles, no les cabe otra defensa que la simple e inofensiva protesta. Por este lado no se causa grave daño a Alemania, toda vez que el comercio entre ella y las tres naciones citadas es imposible de evitar.

Pero la fuente de vida de Alemania es la frontera suiza e italiana, esta última por el intermedio de Austria. Francia se ha dirigido a Suiza demostrándole que importa este minúsculo Estado materias alimenticias y de todas clases en cantidad muy superior a la que necesita para su consumo, de donde se infiere que el resto va destinado a Alemania; y como no puede consentir que por las vías férreas francesas y por los puertos franceses del Mediterráneo reciba el enemigo los géneros que necesita, ha indicado a Suiza que en adelante pondrá limitaciones a la exporta-

ción por esa frontera. De esto a negar a Suiza el recurso, casi único, que le permitía sobrellevar la crisis actual, no hay más que un paso; extinguido el turismo, muerto el tráfico de muchos productos de origen suizo, aumentados extraordinariamente los gastos por estar movilizado el ejército, si a Suiza se le prohíbe el comercio con Alemania, que a eso equivale aquella indicación de Francia, se la habrá condenado a la muerte, sin gloria. ¿No sería mejor para Suiza, han comenzado a preguntarse en la pequeña república, correr los riesgos de la guerra, que siquiera podrían conducir a la obtención de algún beneficio, que no el sucumbir y perder, gane el que gane?

Con Italia no se han atrevido a tanto. Verdad es que la visita a los barcos italianos menudea más de lo que conviene a las compañías de navegación, y que no se guardan tantos miramientos como al principio a la flota mercante de Italia; pero esta nación es fuerte, y si se la apretara podría inclinarse del lado del enemigo. A pesar de todo, el comercio italiano está tropezando con más trabas cada día.

Alemania y Austria, por su parte, ya tienen casi aislada a Rusia, no se descuidan en Sófia y apremian al gobierno rumano para cerrar el único paso que aún tienen los rusos, aunque muy mezquino. Y si no han sido más enérgicos, es porque Bulgaria hace lo menos que puede en beneficio de Rusia.

Que las medidas que se aprestan a tomar Francia y la Gran Bretaña causarán gran daño a Alemania es indudable; la pueden perjudicar más que venciendo a sus ejércitos. Pero como ello redundará fatalmente en perjuicio de otros países neutrales, la cuestión que se ha puesto sobre el tapete es la siguiente: ¿se conformarán esos países neutrales con arruinarse o se alzarán contra la intromisión de otros en sus negocios propios? Si Suiza se doblega ante Francia, se indispone con Alemania; si desatiende a los franceses reñirá con ellos. ¿De cuál de los dos lados caerá Suiza? Esperamos que Francia no querrá poner a prueba a su vecina, porque el recuerdo de Bélgica no habrá desaparecido de su memoria.

III.—Momentos de salvación o de ruina para Francia

Ganen o pierdan los aliados, Francia marcha a pasos agigantados a un desastre. Todo su territorio no es más que un inmenso hospital lleno de heridos y, más todavía, de enfermos, predominando entre los pacientes los indostánicos, argelinos y senegaleses. El N. de Francia quedará arruinado para más de un siglo, y si la invasión se extiende, quién sabe hasta dónde alcanzará la catástrofe. Si los aliados obtienen la victoria, el Estado francés cobrará una fortísima indemnización, con la que podrá atender á las obras públicas y necesidades de orden general; pero los centenares de miles de familias arruinadas no tendrán compensación, y como del trabajo y de las energías individuales provienen los beneficios y la riqueza de la colectividad, no mejorará la situación del país aunque se derramen en las arcas del Tesoro millares de millones de francos. Estos males no tienen remedio una vez producidos. Se paraliza el comercio; la industria se pierde y perece; la propiedad rústica y urbana decrece; faltan

brazos...; el cuadro es realmente desolador. Entre tanto, Inglaterra se ve libre de los horrores y de las cargas de la guerra. Su comercio y su industria no se han lanzado solamente a la conquista de los mercados hasta ahora explotados por los alemanes, sino que van invadiendo el terreno que antes tenían ocupado los franceses: Poco a poco, los franceses van siendo expulsados del comercio mundial, y si la guerra no concluye pronto, no tendrá Francia otro recurso, de momento, que la agricultura; sus fábricas, talleres y manufacturas carecerán de clientes.

La victoria, aunque militarmente la comparta con Francia y Rusia, será exclusivamente para Inglaterra, la cual, como ya dijimos en otra ocasión, habrá derrotado a sus rivales de Europa y Asia, desangrándolas y mutilándolas en beneficio exclusivamente británico. Esto es tan claro y tan evidente, que ya hay muchas personas en Francia que se dan cuenta del porvenir y empiezan a ver con claridad su situación. Todavía el amor propio, causa de tantas desdichas en los órdenes privado y nacional, y los intereses creados a la sombra de un Gobierno de cuarenta años, imponen el silencio, pero la idea labora lentamente y se va abriendo paso. Es de temer, con todo, que cuando los franceses quieran adoptar una resolución en armonía con sus intereses, sea tarde. La ocasión se presenta raras veces y el que no la aprovecha en el acto suele dejarla escapar para siempre.

Conocida la actitud de benevolencia para Francia, y la justicia que en Alemania se hace al patriotismo y a la bravura de los ejércitos de la nación vecina, así como las manifestaciones de los periódicos del Imperio, inspirados seguramente en buenas fuentes, es indudable que Alemania concedería a Francia una paz más que honrosa, digna, y respetaría sus territorios y colonias. La guerra está entablada contra Inglaterra y se ataca a quienes forman al lado de este aborrecido enemigo: nada más. Una cosa parecida ocurre con Inglaterra en sus relaciones con Austria.

Si ahora Francia se desentendiese de sus compromisos, ligeramente adquiridos, y firmara la paz, conservaría todo su poderío marítimo y gran parte del militar, de suerte que cuando hubiese terminado el choque entre los dos irreconciliables enemigos, el peso de Francia sería todavía mayor que hasta ahora y su papel de gran potencia se realzaría. Al mismo tiempo, su comercio, bajo el pabellón neutral, se reafirmaría y reconquistaría fácilmente el terreno perdido, de suerte que la verdadera victoriosa sería ella, aunque en los campos de batalla ganase Alemania o Inglaterra.

Está por conseguirse Francia en unos momentos en que puede perderlo o ganarlo todo, y se arriesga su porvenir y casi su existencia si no adopta el partido que más le conviene, antes de que Alemania arroje al teatro del Oeste las grandes masas que tiene empleadas en la otra frontera.

Pero Francia no reconocerá el error en que incurrió prestándose a ser la cabeza de turco y el campo de batalla en que había de dirimirse la contienda. Está ya demasiado comprometida para que sus hombres de Estado tengan el valor moral de arrostrar la responsabilidad de una medida que, aun siendo como sería excelentemente recibida por todo el país,

daría armas a sus enemigos interiores y les pondría en una situación favorable para conquistar el poder.

Veremos, pues, con profunda tristeza, cómo se

han luchado con gloria y con entusiasmo, demostrando un patriotismo que muchos creían desaparecido.



Coronel Graeser



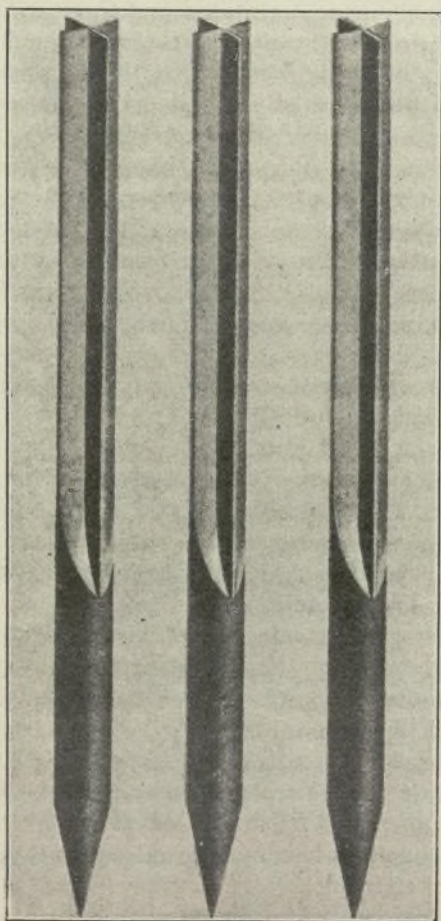
Teniente Graeser

Padre e hijo que han ganado la cruz de hierro de 1.^a clase, el mismo día

abisma cada vez más aquel hermoso pueblo en una sima sin fondo, y que aun dándose cuenta de que su salvación la tiene al alcance de la mano, se dejará arrastrar por la fatalidad. Está el enemigo en casa, y el patriotismo hace enmudecer los labios y acallar los dictados de la inteligencia. Si fuera posible que Francia presenciara con serenidad y desde lejos la

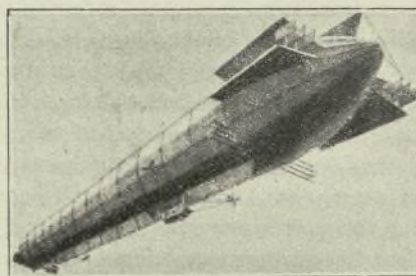
En estos momentos, Alemania no dispone de fuerzas suficientes para resolver la guerra en Francia: esto es evidente. Una paz entre las dos naciones no significaría, por lo tanto, la derrota de ninguna de las dos, y ambas quedarían en buen lugar. Por otra parte ¿quién ha sido y seguirá siendo el enemigo natural de los franceses, por razones geográficas y coloniales?

Gran parte de culpa tiene en esa ceguera volun-



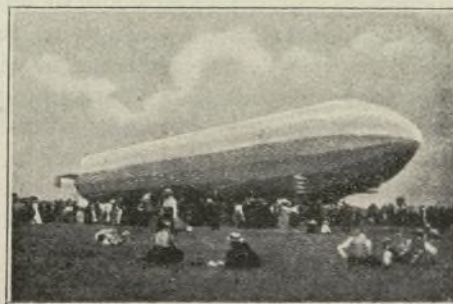
Dardos arrojados por los aviadores franceses contra las tropas alemanas, según fotografías de la prensa alemana

situación que presenta la guerra y el cuadro que ofrecen Inglaterra y Alemania, habría una unanimidad que hoy es imposible. Si dignos de compasión son los belgas, no menos lo son los franceses, que



Un zeppelin en el aire

taria de Francia, la torpe diplomacia alemana, que no ha sabido o no ha querido conocer a los franceses. Estos, como todos los pueblos latinos, no se do-



El zeppelin en el momento de tomar tierra

blegan a la amenaza ni se inclinan por el temor, que son los únicos argumentos esgrimidos por los diplomáticos alemanes.

F. LARIN.



Oficial de Estado Mayor ruso llevando una orden a la línea de fuego

LOS COMBATES DE CUTRY Y LONGUYON

(*Diario de un capitán alemán*)

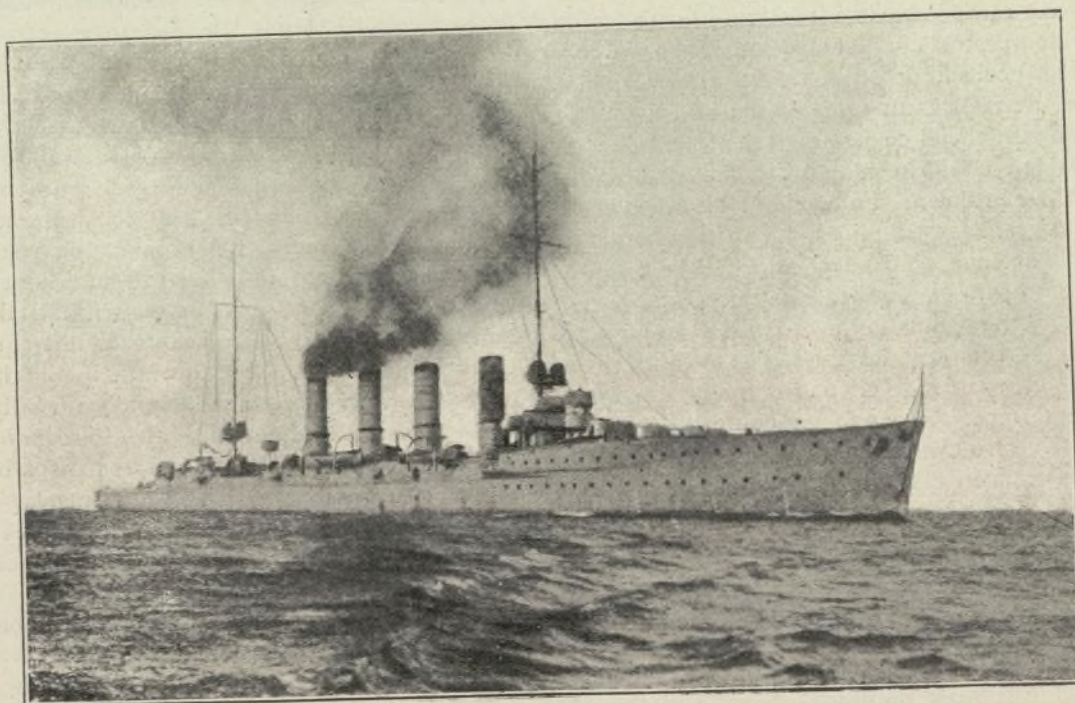
(*Continuación*)

La persecución del enemigo

23 agosto. — A la una de la madrugada marcharon nuestros batallones unidos hacia la aldea incendiada de Cutry, retrocediendo de nuevo, precisamente hacia donde, poco antes, habíamos podido encontrar agua. Desde allí tomamos la dirección S. hasta el bosque de Latromont. Estábamos directamente a

las órdenes del cuartel general. Con grande alegría, encontré allí a mi asistente con el caballo, que yo creía muerto. Se encontró en el lugar donde había sido herido el comandante del tercer batallón, y le ayudó a sostenerse a caballo para trasladarse a la ambulancia.

Hacia más de treinta y seis horas que la tropa no había comido, porque la cocina de campaña no podía llegar hasta nosotros, de modo que fué menester echar mano de las raciones de las mochilas a razón de una para cada dos hombres. En la hierba húmeda de las trincheras de la carretera me senté y partí con mi teniente la carne en conserva que llevába-



El crucero alemán *Cárlsruhe*, que en el Atlántico emula las proezas realizadas por el *Emden* en el Índico

mos; eran las dos y media de la madrugada; después de esta comida, cada cual se tendió en el campo procurando encontrar algún descanso, aunque la tropa no dejó las armas. Como la dicha siempre dura poco, el tiempo, que el día anterior fuera tan hermoso, se resolvió en lluvia y nos caló hasta los huesos. El polvo y el calor son malos compañeros para el soldado, pero la lluvia es un enemigo mucho peor: se moja uno de cabeza a pies, la tierra se reblandece, se dificulta la marcha, se pegan las suelas de las botas al terreno; y no es posible encontrar verdadero descanso tendiéndose sobre el suelo; el soldado se fatiga y se pone de mal humor. Al rayar el día, de nuevo nos pusimos en pie, desplegando la columna acto seguido. Según la orden recibida, formamos en tres líneas, quedando por el momento en el mismo lugar y las mismas posiciones que ocupábamos. Se dispuso que la primera línea fuera en busca de agua; pero ¿dónde encontrarla? Hasta donde alcanzaba la vista no se veía ninguna casa. Unicamente a cierta distancia, una balsa de agua encharcada procedente de la lluvia. Pronto acudieron de todos lados las marmitas de la tropa. Aunque no teníamos más recipientes que éstos, las grasientas botas de vino y las sucias fiambreras, nadie tuvo escrúpulo en beber, porque no había otra cosa. El resto de las tropas permaneció sobre las armas, descansando.

En esto llegó la siguiente noticia del jefe del regimiento:

«La batalla de ayer ha sido una victoria completa. Los franceses han sido derrotados en toda la línea y se repliegan en desorden».

La noticia fué recibida con hurras estridentes. La lista de bajas de mi compañía comprendía cuatro muertos, 16 heridos y 14 desaparecidos.

A poco se incorporaron nuestras cocinas de campaña. Hacía cuarenta y ocho horas que no había entrado nada caliente en nuestros estómagos. No nos vendría mal tomar un poco de alimento, y disponer de algún tiempo para escribir a nuestras casas, de las cuales no habíamos tenido noticias desde nuestra partida. A las doce del día reanudamos la marcha. Seguimos a campo traviesa pasando junto a los cadáveres de nuestros compañeros muertos en el combate. A los pocos kilómetros, nuevo alto. Cerca de nosotros, detrás de un seto, estaba aún tendido el cadáver de un oficial de otro regimiento; sus camaradas le habían cubierto con su capote. Aguardamos un poco. De pronto, resonó a cierta distancia el fragor de las granadas enemigas. La artillería francesa trataba de detener a su adversario. Nos pusimos en movimiento para emprender la persecución. No tardó en encontrarse toda la línea detrás del adversario que ayer derrotamos; las guerrillas avanzaron una tras otra, componiendo el cuadro nuestro batallón, en tercera línea, formando en columna doble de marcha. Nuestro camino se desarrollaba ahora entre cadáveres franceses. Era un campamento enemigo que había sido ametrallado por nuestra artillería. No lejos de allí, en espesos montones, yacían los cadáveres en las trincheras de la carretera y detrás de los pajares, donde los franceses habían buscado abrigo contra nuestras granadas. Nuestros soldados se aprovecharon de la galleta que había en las mochilas enemigas. Entonces pudimos observar el terrible efecto de nuestros proyectiles, que habían abierto en

la tierra embudos de 2 a 3 metros de diámetro y profundidad; estuvimos marchando sin parar, a través de llanos y colinas, hasta las nueve de la noche. Entre tanto, nuestra artillería no cesó de lanzar una granada tras otra a nuestro frente, batiendo a derecha e izquierda de nuestra dirección de marcha los pueblos y aldeas que se veían y los cuales no tardaron en ser pasto de las llamas. No faltó un episodio que nos regocijara. Al acercarnos a una granja descubrimos un gran número de caballos, vacas y bueyes que pacían en libertad sin que nadie cuidase de ellos, y dispuse que un grupo de mi compañía capturase uno de los bueyes para entregarlo más tarde al oficial de provisiones y reforzar debidamente la dotación de la cocina de campaña. Las demás compañías se apresuraron a imitarnos, y comenzó una verdadera cacería de reses. Resultaba difícil capturar a aquellos animales, porque carecíamos de cuerdas con que sujetarlos. Con el mayor regocijo de todo el batallón, los cazadores hacían esfuerzos inauditos para cumplir su cometido. Por fin pudieron cogerse suficientes cabezas de ganado, correspondiendo a mi compañía un buey magnífico, soberbio ejemplar, que los soldados trajeron triunfalmente sujeto con una cuerda. Sin embargo, la suerte tiene sus caprichos. Mi compañía no probó la carne de aquel buey. Al siguiente día, casi toda nuestra columna de víveres quedó batida por el tiro de la artillería enemiga, y las cocinas de campaña y los carruajes de municiones tomaron las más diversas direcciones. Posteriormente, se reunieron de nuevo las cocinas de campaña, y solamente la mía dejó de acudir al punto de concentración, por lo que mi gente no participó en el reparto de carne.

Al anoecer, nuestra columna recobró la formación de marcha. El enemigo estaba en completa retirada. Estamos cerca de un cruce de caminos, en un lugar que parece seguro y donde creemos que podríamos vivaquear, ¡esperanza engañosa! Seguimos adelante por el camino, siempre en marcha, ahora en columna doble y acompañándonos la artillería de campaña. Nadie sabe si seguiremos así toda la noche, ni hacia dónde vamos. De pronto, en otro cruce de caminos, la artillería gira a un lado y tenemos que hacer alto, porque la carretera está cortada. En la obscuridad hemos perdido el contacto con la columna que va delante de nosotros. ¿Qué camino hemos de seguir? A pleno galope me adelanto por uno de los caminos, seguido por dos ciclistas; tomamos el camino de la derecha. Les ordeno que restablezcan el enlace con el batallón de vanguardia, y regreso, galopando siempre, para avisar a mi batallón. No tardamos en reunirnos con el de delante, que entre tanto había hecho alto. Continúa la marcha en la obscuridad, pero las granadas vuelven a silbar sobre nuestras cabezas: el enemigo está buscando nuevos objetivos. De uno y otro lado parten disparos, seguramente del enemigo. ¿De dónde vienen? ¿Acaso serán de los heridos? ¡Es posible! Abundan en efecto a uno y otro lado de la carretera, en los campos y fosos. — «¡Matadlos a todos!» — «¿Quién dice eso? ¿Quién se atreverá a dar muerte a un hombre indefenso?» — «¿No hacen ellos lo mismo con nosotros?» Estas exclamaciones estallan en alta voz en nuestra columna. Uno de los heridos se queja en una hondonada inmediata; acudimos allí y vemos que es un

soldado francés. Pide agua, le damos de beber de nuestras cantimploras y le acomodamos lo mejor posible en tierra. Enseguida proseguimos la marcha. ¡Los alemanes no son asesinos!

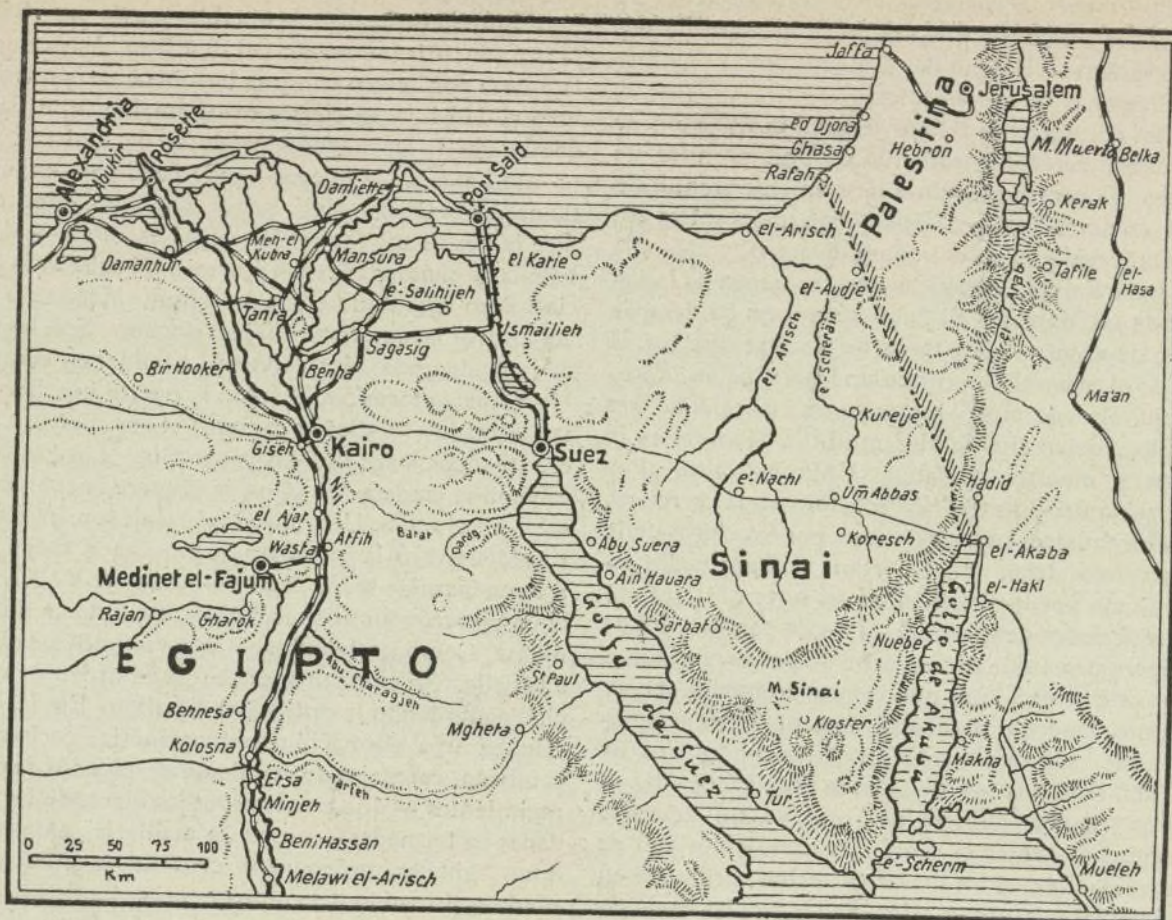
Altas columnas de llamas señalan la situación de las aldeas a derecha e izquierda de nuestra línea de marcha. Es un espectáculo siniestramente grandioso. «Casi como en la alta Silesia», dice uno. «Mira allí la barraca real con su chimenea de acero, y más allá la barraca Falva». «Aquí la alta chimenea de la barraca de las Marcas». El buen humor no ha desaparecido de nosotros. No tarda en hacerse otra vez el silencio. La marcha continúa sin interrupción. Pero, no: un alto de cinco minutos; una marcha de tres minutos; nuevo alto de diez minutos. Siempre en la carretera, muertos de fatiga. Un nuevo alto. ¿Por qué? ¿Cuánto durará? Nos echamos en la carretera. Algunos húsares pasan al galope por los claros de la tropa y nos dejan atrás; por un milagro nadie ha sido pisado por los caballos. Y así se van intercalando los períodos de marcha con los de parada y los de pequeño descanso. Una noche de perros en la más densa obscuridad. Los que vamos montados apenas podemos tenernos a caballo. Nos apeamos y seguimos a pie, yendo los caballos detrás conducidos de la brida. Pasamos por delante de un vivac; es de artilleros. ¡Quién pudiera disfrutar de un descanso parecido! De repente, ante nosotros, en lo alto de una colina, vemos un mar de lucecitas, brillando en las tinieblas nocturnas. ¡Una ciudad con las ventanas abiertas que dejan pasar los rayos de las luces! Parece que está iluminada, en fiesta. Una estación de ferrocarril con extensos jardines a su alrededor. Ampliamente desplegados nos acercamos a la ciudad poco a poco, hasta que nos encontramos en medio de sus alrededores y rodeados por la obscuridad. Es Longuyon. Estamos en nuestro objetivo. Son las dos de la madrugada. ¿Podremos descansar por fin?

Combate de Longuyon

24 agosto. — «La primera compañía se alojará en las tres primeras casas de la derecha de la calle»: así reza la orden del batallón. Pero la orden no puede tener cumplimiento real. Los artilleros están ya alojados en aquellas casas. No hay ni un solo local desocupado. Toda la ciudad está repleta de tropas de todas las armas. Es inútil buscar allí. Felizmente, a nuestra izquierda hay un grande edificio que es una estación de ferrocarril. «¡Armas en pabellones! ¡Quitar las mochilas! ¡Ponerse los gorros! ¡Vestir el capote! ¡Cada cual a su puesto!» Nosotros preferimos quedarnos en la calle. ¡Cuán envidiable nos parece un vivac en lo alto, en pleno campo! ¿Por qué hemos de estrujarnos en las casas de esta población? Involuntariamente acude a mi mente esta alarmante reflexión: si los franceses no nos atacan esta noche y nos dejan en paz, es que no entienden nada en el arte de la guerra, así le digo yo a mi teniente K., con el cual me he refugiado en un rincón de un cuarto interior, que hemos podido por fin encontrar en la casa que debía ocupar mi compañía. La habitación de delante, el despacho de bebidas de una taberna, sirve a los artilleros de dormitorio; ellos al fin y al cabo han encontrado como lecho unos haces de paja y están bajo techado, pero mi compañía ha tenido

que quedarse en la calle. Medio vestidos nos echamos sobre la cama, que la amable dueña nos había preparado, privándose ella del descanso. Aseguramos la puerta por dentro con una bayoneta; la previsión no está demás, y en ciertos casos no hay que fiarse demasiado de las mayores protestas de amistad. De pronto llaman a la puerta: — «¿Se puede?» — «¿Quién llama?» — «Traigo algo, señor capitán», oigo que dice la voz de mi furriel. — «¿Qué es ello?» — «Una botella de champagne». — «¡Bravo! ¡Muchísimas gracias! Pero ahora queremos descansar. Mañana la beberemos al levantarnos. Buenas noches». Son las tres de la madrugada. Nos volvemos a tender en la cama. Un golpeteo formidable sobre la puerta nos despierta alarmados. — «Señor capitán, el enemigo nos ataca. De todos lados llueven proyectiles. Las granadas caen en la ciudad». — «Que se prepare la compañía; salgo en el acto». Una mirada al reloj: son las cuatro y media. Abro la ventana. Se nos hace fuego y se nos amenaza de todos lados. — «Dígame V., K., ¿no tenía yo razón en mis recelos?», pregunto a mi teniente. Como un relámpago nos vestimos y salimos a la calle. Mi compañía estaba ya en orden de marcha, aguardando la orden del batallón. En la calle reinaba una animación extraordinaria: cocinas de campaña, carruajes de municiones, soldados de otros regimientos — que pasaban por los claros de las unidades ya formadas — piezas de artillería, ametralladoras, ginetes, ordenanzas, cruzándose y entrecruzándose. El ruido del combate procedía de las alturas inmediatas. El cañón tronaba con furor. Como si esto no bastara, también los vecinos nos hacían fuego desde las casas. Desde las ventanas se nos disparaba «¡Toda la compañía al otro lado de la estación! ¡Paso ligero!», mandé en voz tan alta como pude. «¡Preparen! ¡Sobre las ventanas opuestas de la parte superior! ¡Apunten! ¡Fuego!... ¡Carguen!... ¡Fuego!» Pronto quedaron vacías las ventanas, y cesó el fuego desde ellas. A lo largo de la acera de la estación, dispuesta como sostén encontré la compañía U., preparada a romper el fuego contra los vecinos que nos hostilizaran desde la calle. Por fin se restableció la tranquilidad. No podíamos perder tiempo, ni entretenernos más allí, porque debíamos marchar adelante, dejar atrás la ciudad y acudir a rechazar el ataque de los franceses. El batallón se puso en marcha con mi compañía en cabeza. Vimos tres húsares, con sus carabinas amartilladas, entrar en una casa; fueron recibidos a tiros, y poco después aplicaron a los vecinos, en medio de la calle, las leyes de la guerra. Cuanto más nos acercábamos a la puerta sur de la ciudad, más de cerca se oía el estrépito del combate. Desde las aberturas de las casas se nos hacían disparos sueltos; por fin llegamos a la última casa de la ciudad.

Allí nos aguardaba el comandante de nuestro regimiento y el jefe de otro que había sido el que condujo el primer ataque de los franceses. La línea de guerrillas de este regimiento se extendía ante nosotros, a derecha e izquierda y a vanguardia de la ciudad, hasta la carretera que conduce a Rouvrois, a unos cien pasos escasos de nosotros. A lo largo de la última hilera de casas me situé con mi compañía. Recibí la orden de desplegar a la derecha de la carretera, para contener el ataque del enemigo y dar tiempo al otro regimiento para desplegar a la izquierda



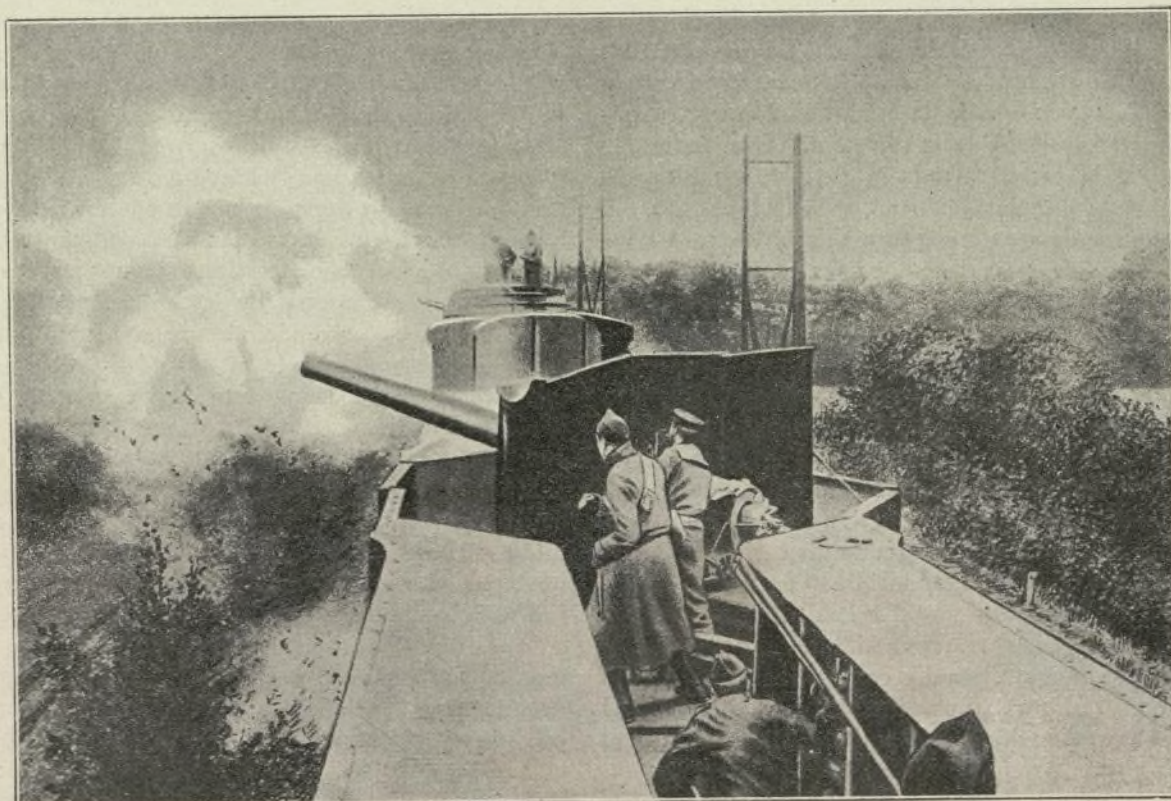
Frontera turco-egipcia



Infantería alemana en una línea de trincheras: en primer término una ametralladora acorazada



Frontera turco-rusa, en Asia



Tren blindado, montado por soldados belgas e ingleses, que se utilizó en la defensa de Amberes

de la misma carretera. «¡Toda la compañía, al frente en guerrilla, a la derecha de la carretera!» Apenas nos adelantamos desde la línea de las casas, el enemigo nos recibió con un violento fuego. Una vez desplegados en guerrilla, comenzó un empeñado combate. El adversario se encontraba abrigado en trincheras distantes unos 700 metros de nosotros; también se nos hacía fuego desde un bosque situado a nuestra izquierda, cerca de la carretera. Veíamos cómo los heridos se arrastraban por el campo, hacia atrás, para ser conducidos a los puestos de socorro. El estampido de los cartuchos franceses es sonoro, a diferencia del nuestro que es penetrante, corto y estridente. Como abejas zumban los proyectiles desde los dos lados sobre mi cabeza. «¡De frente, paso ligero!... ¡Alto!» El fuego adquirió más intensidad. A derecha e izquierda, delante y detrás de nosotros, comenzaron a caer las granadas que estallaban con gran estrépito. Era un ruido ensordecedor, mezclado con el crepitar de nuestras ametralladoras. Las bajas iban en aumento. «¡Adelante, hasta que salgamos de la zona de las granadas!» No obstante, sólo con mucha lentitud pudimos ir ganando terreno, porque el enemigo estaba bien atrincherado. Mi sargento principal fué herido, así como el único cabo de que aún podía disponer. Varios sargentos yacían cadáveres o estaban heridos. A pesar de todo avanzamos en línea recta hacia la altura enemiga, y el adversario evacuó sus trincheras y comenzó a ceder terreno. Muchos muertos y heridos franceses cubrían esta parte del campo de batalla. Hicimos un gran número de prisioneros, que envié a retaguardia. Cogí una bayoneta francesa para que me sirviera de recuerdo de aquel hecho de armas. En este rápido y amplio avance, el ala derecha de mi compañía quedó separada del ala izquierda por el bosque, que resultó interpuesto en parte entre las dos. Perdimos el enlace por nuestra derecha, y no lo pudimos restablecer a pesar de haber despachado algunas patrullas para cerrar el claro. Lo mismo exactamente le había sucedido a la compañía del regimiento que se encontraba a la izquierda de la carretera. Reuní a los dos lados de la carretera toda la gente de los dos regimientos que pude encontrar y la formé como una sola compañía que coloqué a mis órdenes. A unos 100 metros de la carretera y a sus dos lados, se descubría un espeso bosque, que fué tomado por nosotros. Los franceses se replegaban a toda prisa. Grupos diversos del enemigo se dirigían a un muro de piedra, con objeto sin duda de resistir allí, por lo que marchamos en aquella dirección. Menudeaban los prisioneros que caían en nuestras manos. Cogíamos los cartuchos de los heridos y prisioneros, así como las armas en buen uso. Un francés, que trataba de ocultarse en una choza de un carbonero, salió de ella y se entregó al ser intimado para ello. Finalmente, apareció ante nosotros la altura 268, junto a la carretera y distante unos 4 kilómetros de Rouvrois. En ella se encontraban dos compañías de infantería enemiga, en una línea de trincheras, y abrieron el fuego apenas se destacaron nuestras siluetas sobre el horizonte. Envié un ciclista al jefe de mi regimiento explicándole nuestra situación y pidiéndole refuerzos.

«Un batallón enemigo está en marcha contra nuestras posiciones» me anunció al poco rato un

soldado de una de las patrullas que había enviado a los lados. «Un regimiento enemigo viene a reforzar al adversario», rezó un segundo parte. No era posible esperar refuerzos de atrás; faltaba el enlace con nuestros regimientos de derecha a izquierda, de modo que para evitar resultase cortada mi tropa, tuve que dar la orden de retirada. Al retroceder, hice salir de la choza del carbonero algunas personas con traje civil, y a pesar de sus lamentaciones las llevé conmigo, con objeto de que el enemigo, si adelantaba hasta allí, no conociera nuestras fuerzas. La intención que yo abrigaba de detenerme para reanudar el combate no pudo ser ejecutada, a pesar de que las líneas de trincheras enemigas estaban ahora más lejos, porque me llegó la noticia de que nuestras tropas de la derecha también retrocedían. Entonces me replegué hacia la bifurcación de las carreteras Arrancy-Rouvrais, y a las diez y media de la mañana llegué al sitio en que se encontraba la plana mayor del regimiento.

(De la *Kölnische Zeitung*).

(Concluirá)

LAS TROPAS ALEMANAS JUZGADAS POR LOS INGLESES

Llenos vienen los periódicos franceses e ingleses de relatos en los que queda malparado el valor de los alemanes y por los suelos su instrucción militar y las cualidades que todos les reconocían antes de la guerra. Si esta campaña tendenciosa y apasionada puede por el momento provocar el entusiasmo en el pueblo, a la larga está resultando contraproducente, y lo es ya para los que observamos los acontecimientos a distancia y con imparcialidad. Porque si el ejército es débil y vale poco, menos todavía deben de valer aquellos otros ejércitos que no han podido derrotarle, siendo más en número, y que tienen que mantenerse a la defensiva y pierden terreno poco a poco. No hay gloria en derrotar al que puede menos, sino al que se bate bien; y cuando la derrota no aparece, sino todo lo contrario, el deprimir al enemigo es un arma que hiere a quien la esgrime. Los alemanes, más cautos, no ocultan la bravura de que dan muestras continuas los ingleses, hablan con piedad de los franceses y, aunque desprecian al soldado ruso y sobre todo al generalato del Czar, sienten respeto por la enorme masa material de las tropas moskovitas. Otros pueblos lo entienden de un modo diferente, y creen que desprestigiando al adversario resalta mejor el valor de las tropas propias. Se engañan y no engañan a nadie.

Por fortuna, la verdad va abriéndose paso. Todos debieran imitar al Almirantazgo británico, que no titubea en reconocer las buenas cualidades del enemigo, y jamás desciende a un terreno fantástico o novelesco. La prensa inglesa llena columnas y columnas con las hazañas de sus soldados; se ha llegado a decir que 14 hombres derrotaron a un cuerpo alemán de 700 (!). Pero a los interesados comienza a hacerles poca gracia esta campaña, que parece encaminada a demostrar que los aliados se baten contra guerreros de dulce, y en el *Times* se ha publicado una carta de un general inglés que manda una de las brigadas que se encuentran en el N. de Francia, carta que hace justicia al enemigo y que vuelve por los fueros de la verdad. Honra a quien la ha escrito,

porque nada hay más noble que reconocer lo bueno del adversario. Dice así:

«Hemos pasado unos días muy malos en el trabajo de trincheras y sometidos día y noche a las balas y granadas enemigas. Las últimas no causan muchas bajas, pero las balas son particularmente terribles, porque las disparan buenos tiradores que están en acecho esperando que asomemos las cabezas por encima de las trincheras. Nos han producido mucho daño. La artillería alemana es extraordinariamente buena; su observación es excelente y su precisión de tiro excede a todo lo que se puede imaginar. Son los alemanes muy pródigos en el tiro, y sin vacilar envían un par de centenares de proyectiles a un espacio reducido, lo mismo de día que de noche; baten los caminos y granjas que hay detrás de las trincheras, de modo que uno no puede considerarse nunca seguro, y es muy difícil saber dónde han de ponerse los trasportes, caballos, etc., y por consiguiente nosotros mismos.

»Mis tropas están ahora en una línea de trincheras que se extiende en una longitud de 1,500 metros, alrededor de un pueblo flanqueado por bosques, jardines y zanjas. Los alemanes no nos dejan en paz y no cesan de atacarnos, de modo que estamos siempre en guardia. Dos veces me han atacado en el mismo lugar, que forma un saliente de mi línea muy favorable para ellos. Les he rechazado las dos, y matando gran número de ellos, varios centenares, pero también me ha costado a mí la pérdida de buen número de oficiales y hombres, y todos los días y durante el día entero, no cesan de llegar heridos por los proyectiles de artillería, con lesiones muy a menudo de importancia.

»Me disgustan los relatos que leo en los periódicos sobre la inferioridad de los alemanes como soldados; no crean Vdes. una palabra de esto. Son espléndidos en todos conceptos. Su bravura, eficiencia, organización, equipo y mando son de lo mejor que hay y jamás han sido sobrepujadas por ejército alguno. Vienen en masa contra nuestras trincheras y ametralladoras, una y otra vez, sin desalentarse nunca y sin dejar de tomar la ofensiva. Estoy henchido de admiración hacia ellos y lo mismo sienten todos los que han visto algo de esta guerra. Es una lástima que tan buenos soldados se les emplee tan mal aquí como en Bélgica. Que aquí se les emplea mal no hay duda, pero nada de lo que se cuenta a Vdes. sobre ellos es verdad.

»Me he mantenido en toda la posición muy bien, lo cual no es una labor fácil, sino una tarea muy árdua. Me he estado veinticuatro horas seguidas recibiendo, escribiendo y pensando partes para mover las tropas, y esto sin cesar de ser molestado ni un momento. Tal esfuerzo sólo lo puede apreciar quien haya estado sometido a él. Durante dos días sólo he podido dormir cuatro horas de las 48, y lo general es dormir solamente cuatro o cinco, y aún despertándome para escuchar o enviar partes. En estos momentos tengo toda mi gente en la trinchera y me queda algún tiempo disponible; me alojo en una casa detrás de las trincheras y tiemblo cada vez que arrecia el fuego; porque soy impotente para hacer otra cosa que ir a ver lo que acontece».

Un comandante de un regimiento escocés escribe al mismo periódico:

«Escribí ayer a..., en un sentido algo pesimista por la impresión de las bajas, etc. No creo que haya nada mejor para comprender cómo se desliza aquí nuestra existencia que el tono de duda de *The Times*, para discernir si nuestro país advierte toda la verdad de la situación. Si V. viese este país (Francia) no abrigaría dudas sobre lo que estamos viendo: todos los hombres útiles en Francia y Alemania están en la guerra, las tiendas cerradas, los negocios paralizados, no hay tráfico en los ferrocarriles: no hay nada más que la guerra. Y sin embargo aún leemos que hay ligas de *foot-ball* y se juegan partidos y se celebran carreras de caballos; empezamos a creer que estas cosas debieran acabar y que todos los hombres disponibles tendrían que estar instruyéndose militarmente.

»Censuro vivamente a los periódicos por la publicación de artículos en los que se dice que los alemanes no saben tirar, que huyen, que sus ejércitos están compuestos de viejos y muchachos, etc.; tales cosas no son ciertas o, si lo son, la verdad es que sus ancianos y muchachos combaten extraordinariamente bien. Se dijo que los dervishes de Atbata peleaban con una bravura superior a la de los pueblos civilizados, pero es más difícil arrojar de sus trincheras a los alemanes que lo fué el desalojar a los dervishes. Estamos empeñados contra un ejército admirablemente bueno y necesitamos todo el tiempo para quebrantarlo.

»Las cosas van ahora bien, pero durante tres meses lo hemos pasado medianamente; algunos regimientos han quedado en cuadro. Los alemanes no cesan de traer tropas de refresco; no hablo del presente, porque ahora el ejército, aunque un poco cansado, está con ánimo y su moral es magnífica; pero después de la presente tensión vendrá otra, otras dos o más con intervalo de pocos meses, y estaremos a punto de que se rompan o agoten nuestras fuerzas.

»Me parece conveniente que sepa V. esto, porque su gran influencia en el país contribuirá a que el pueblo recobre el buen sentido. Todos estamos bien pero necesitamos más gente para destruir a los alemanes».

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Profesión de fe

(El señor A).—¿Qué noticias tiene V. de la guerra, D. Subrio?

—Pocas o ninguna; las de siempre: que los aliados van progresando; que los rusos capturan diariamente algunos millares de austriacos y varias docenas de cañones de la misma procedencia; que los serbios y montenegrinos vuelven a mostrarse farrucos; que los turcos se han fundido en una sola cabeza, de turco, naturalmente... Total, nada.

(El señor A).—¿Le parece a V. poco? ¿Acaso esperaba V. más?

—Tenía la curiosidad de saber cuántos prisioneros alemanes habían hecho los rusos en sus estupendas victorias, y me he quedado con los deseos; también me interesaba conocer los puntos conquistados por los aliados, y los avances de los rusos en el Cáucaso y los éxitos de los serbios, pero no hay medio de saber una palabra.

(El señor B).—Es natural. Sobradamente conoce V. las exigencias del secreto de la guerra.

—Yo creía que ese secreto sólo rezaba con las noticias que pueden favorecer al enemigo, pero las que le perjudican entendía que no hay motivo para reservarlas, sino todo lo contrario. Porque si los aliados han conquistado una posición, no hay que decir que demasiado saben cuál es los alemanes y lo muy conveniente que sería darla a conocer a los franceses e ingleses. Y si los rusos derrotan decisivamente tres o cuatro veces por semana a los alemanes, quien antes sabe la noticia es Alemania y no hay para qué ocultarla a Rusia ni a sus aliados. Lo mismo digo del Cáucaso, y de los serbios... El secreto militar, tal como lo entienden algunos, no es más que la hoja de parra para ocultar los fracasos propios.

(El señor A).—¿Y de Africa y de Asia?

—De ahí si que llegan nuevas interesantes.

(El señor B).—¿Dónde las ha leído V., porque la prensa hace días no habla nada de esos países?

—Pues por eso digo que son interesantes, porque faltan. Como los cables están todos en manos de Inglaterra, cuando no considera conveniente esta nación decirnos nada de lo que ocurre en Egipto, y en el Indostán y en el Africa del S., y en la del E. y en la del O., es que hay gallo tapado; ¡buenos son los ingleses para ocultar sus victorias! Recuerde V. el aire que han dado a su extraordinario triunfo del canal de la Mancha, reducido a cañonear un puerto indefenso y causar daños cuya reparación importa sus buenas tres mil pesetas.

(El señor B).—¿Qué puerto ha sido ese?

—El de Zeebrugge.

(El señor A).—Cuanto más deparato con V. más me convenzo de que es V. un germanófilo furibundo.

—Está V. perfectamente equivocado.

(El señor B).—Todos dicen lo mismo. La pasión ciega a Vds. hasta tal punto, que se creen imparciales cuando elogian a Alemania, y reputan torpes, equivocados y hasta ignorantes a los que piensan lo contrario.

—Repito que están Vds. perfectamente equivocados. A mí me gusta discutir con pruebas y con hechos, y hasta ahora nadie ha podido negar lo que sostengo.

(A y B).—Pero esto no impide que V. vaya a la zaga de torpezas de los aliados y sólo se fije en los aciertos de los alemanes.

—¡Naturalmente! Porque soy partidario de que resplandezca la verdad y me irritan las injusticias.

(A. y B).—Es decir que nos da V. la razón.

—Aunque se la diera, no la tendrían Vds. Ha huído de su campo para no volver hasta el fin de la guerra.

(A. y B).—Por muy respetables que sean sus opiniones, no nos negará V. que las ajenas merecen igual respeto.

—Ciertamente sería así si se tratase de opiniones, pero como están Vds. bajo la impresión de una campaña de absurdos, exageraciones, falsedades y patrañas, niego en redondo que tales disparates sirvan para fundamentar ningún juicio sólido. Más sencillo sería decir: yo deseo que triunfen los franceses, por ejemplo: luego no quiero saber más que lo que les favorezca y estoy dispuesto a creer todo lo que pueda perjudicar a sus adversarios. El que obrara así, y realmente es así como se conducen muchos, sin saberlo ni advertirlo, sería franco, y claro es que no

fuera yo quien perdiera el tiempo en demostrarle su error; me atendería al único argumento convincente, al tiempo.

(El señor A).—En resumen, don Subrio, ¿qué se propone llevando la contraria a la opinión general?

—Lo que ya he dicho: procurar, dentro de mi pequeñez, que resplandezca la verdad.

(El señor B).—¿Podría V. declararnos su pensamiento y los móviles que le guían?

—Con mucho gusto. Cuando leo que los alemanes son unos bárbaros y unos ignorantes y unos salvajes y unos tales o cuales, y que los rusos representan la civilización, y los ingleses protegen a los pueblos débiles y los franceses defienden el derecho y la libertad, acuden a mi memoria, sin querer, centenares de hechos que demuestran las expoliaciones llevadas a cabo por Inglaterra, la barbarie de los rusos, los atropellos de los franceses, aun dentro de su mismo país, y ello no lo he aprendido en libros y periódicos españoles, sino en libros y en periódicos franceses, ingleses y rusos, que vengo leyendo hace muchos años. Si el editar libros no fuera en España un negocio ruinoso, publicaría algunos volúmenes en los que se reflejaría lo que es Inglaterra según nos han dicho los franceses y rusos, y lo que es Rusia a juzgar por sus aliados de ahora, y lo que es Francia pintada por los dichos rusos e ingleses; y como epílogo, pondría algunos capítulos con los juicios que de Alemania han formulado los tres pueblos antes de estallar la guerra. La conclusión sería radicalmente opuesta a la que ahora se trata de hacer prevalecer. Y me indigna que seamos tan cándidos que nos resignemos a creer blanco lo que ayer veíamos rojo, sólo porque nuestros queridos amigos así lo crean conveniente. Por eso, cuando se realiza una campaña de prensa contra cualquier nación, apelando a falsedades, me es grato ventilar los recuerdos de la memoria y sacar a relucir lo que nunca he olvidado. Por lo menos consigo que no me crean tonto.

(A. y B).—Y en cuanto a las operaciones militares?

—Los aliados no han conseguido una sola victoria digna de este nombre; me parece que no he de demostrarlo, pues hasta el avance del Marne han confesado que se debió al repliegue espontáneo de los alemanes y que cesó tan pronto como estos quisieron. Sin embargo, todos los días estoy leyendo admirables parrafadas de prosa castiza hablando de las continuas derrotas de los alemanes. No mentemos a los rusos, porque eso ha llegado a ser saineresco. Y de los serbios y montenegrinos, más vale no hablar; lo mejor que se puede hacer es no ofender su dolor mentando la soga en casa del ahorcado. ¿Cómo quieren Vds. que me resigné a dar por buenas esas victorias de los tres aliados, y qué menos puedo hacer que recordar las innegables obtenidas por los alemanes? Si las batallas se ganaran en las columnas de la prensa, ya estarían enterrados todos los súbditos del Kaiser, y no sería yo ciertamente quien alzara la voz en su defensa: fuera inútil.

(A. y B).—Todo lo que V. dice confirma nuestra impresión: V. es germanófilo.

—Permítanme Vds. que concluya. Yo no soy más que un apasionado amante de la verdad y de la justicia. Sobre todo de la justicia, que como Vds. saben está basada en la igualdad. Si la información

que nos rodea no nos contara más que éxitos y buenas cualidades de los alemanes y desastres, mayores todavía de los experimentados, de sus adversarios, y dijera de franceses, ingleses y rusos las lindezas que viene prodigando a los alemanes, tengan Vds. la plena y firme persuasión de que me alzaría y defendería con mis escasas fuerzas y toda mi energía a los aliados. Todos ellos, los unos y los otros, son para mí extranjeros, desde un punto de vista, y, desde otro, hermanos. ¿Se atrevería a afirmar, con la mano puesta en el corazón, ninguno de quienes toman parte en esas campañas tendenciosas, que sólo les inspira el amor a la verdad y el doble concepto, de hermanos y extranjeros, en que tengo a los beligerantes?

Hay más todavía. Si yo fuera inglés o alemán, a los ataques de los escritores adversarios contestaría

con la defensa razonada; pero soy latino y conozco a los de mi raza; sé que nada mejor contra el ataque que el contraataque, el socorrido método cada día más en auge del *más eres tú*. Esto es todo.

(A. y B).—De manera que si mañana las cosas dieran un cambio y...

—Y lo darán, no tengan Vds. duda. Para entonces les emplazo. Si la guerra continúa como hasta aquí, Alemania saldrá triunfante y la campaña anti-germana será substituída por la anti-franco-anglo etc.; pues bien, a la menor exageración o si se falta descaradamente a la verdad, tengan Vds. la plena certidumbre de que este mismo don Subrio, ahora germanófilo (!), será tildado de francófilo. Y seré entonces lo mismo que ahora: enemigo resuelto de las injusticias y de los arrebatos de la pasión.

SUBRIO ESCÁPULA.

CRÓNICA MILITAR

I. El bombardeo de Zeebrugge.—II. La campaña en la Polonia rusa —III. La verdad sobre la batalla de Charleroi —IV. Operaciones en el teatro occidental.

I. — El bombardeo de Zeebrugge

Ha ocurrido un hecho en fecha todavía reciente — 23 de noviembre — que ha pasado casi inadvertido fuera de Inglaterra, y que, sin embargo, tiene grande importancia en sí mismo y por lo que se deduce de él: el bombardeo de Zeebrugge, en la costa belga, por dos acorazados británicos, apoyados por algunas unidades ligeras.

Los barcos ingleses rompieron el fuego a gran distancia, fuera del alcance de los cañones de la costa, y causaron perjuicios y daños en los muelles y diques. El Almirantazgo, con su probervial seriedad, se ha abstenido de puntualizar el efecto del bombardeo; pero las noticias particulares están contestes en que fueron grandes, llegando algunas a asegurar que las presas y diques de los canales interiores fueron destruídos, provocándose inundaciones y poniéndose fuera de servicio aquel puerto para fines militares.

Enlazado el puerto de Zeebrugge, al N. de Ostende, con Brujas, por un canal que permite la navegación de barcos de mediano calado, y por consiguiendo el paso de torpederos y submarinos, es una excelente base para la flotilla ligera alemana, que podía partir de las costas del canal para realizar sus correrías contra el litoral inglés y atacar a los barcos que encontrara desprevenidos.

Los alemanes estaban preparando el puerto para transformarlo en una base militar, y hacia allí afluían los materiales y elementos traídos del interior de Alemania y de otros puertos; en combinación con los barcos ligeros, había de operar una escuadrilla de aviones, y presumiblemente también de dirigibles, de suerte que Zeebrugge era una amenaza cierta y formidablealzada frente a Inglaterra. Si los ingleses han causado en el puerto perjuicios irreparables o que obliguen a obras de larga duración, queda conjurado el peligro y los alemanes tendrán que buscar otra base o aplazar su ataque contra Inglaterra.

La circunstancia de que desde la costa se respondiera debilmente al fuego de los acorazados y que

las baterías empeñadas no fueran de gran calibre, induce a creer que todavía los alemanes no habían comenzado a acumular en Zeebrugge sus elementos ofensivos, toda vez que de lo contrario la prudencia más elemental les hubiera aconsejado defenderlos con baterías potentes y algunos submarinos y torpederos. Pero que hacia aquel lugar se encaminaban muchos convoyes y que reinaba mucha actividad en dicha parte de la costa, son hechos indudables. De donde se infiere que el bombardeo, aunque apenas causó bajas, tuvo una importancia real y mucha trascendencia.

Así lo declaran los periódicos ingleses, que no ocultan su alegría por el resultado de una operación que, a su juicio, ha desvanecido las esperanzas que los alemanes abrigaban de atacar en breve plazo a Inglaterra.

Con todo, la consecuencia que se deriva es mucho más amplia, porque se relaciona íntimamente con las operaciones militares en Flandes y el NO de Francia.

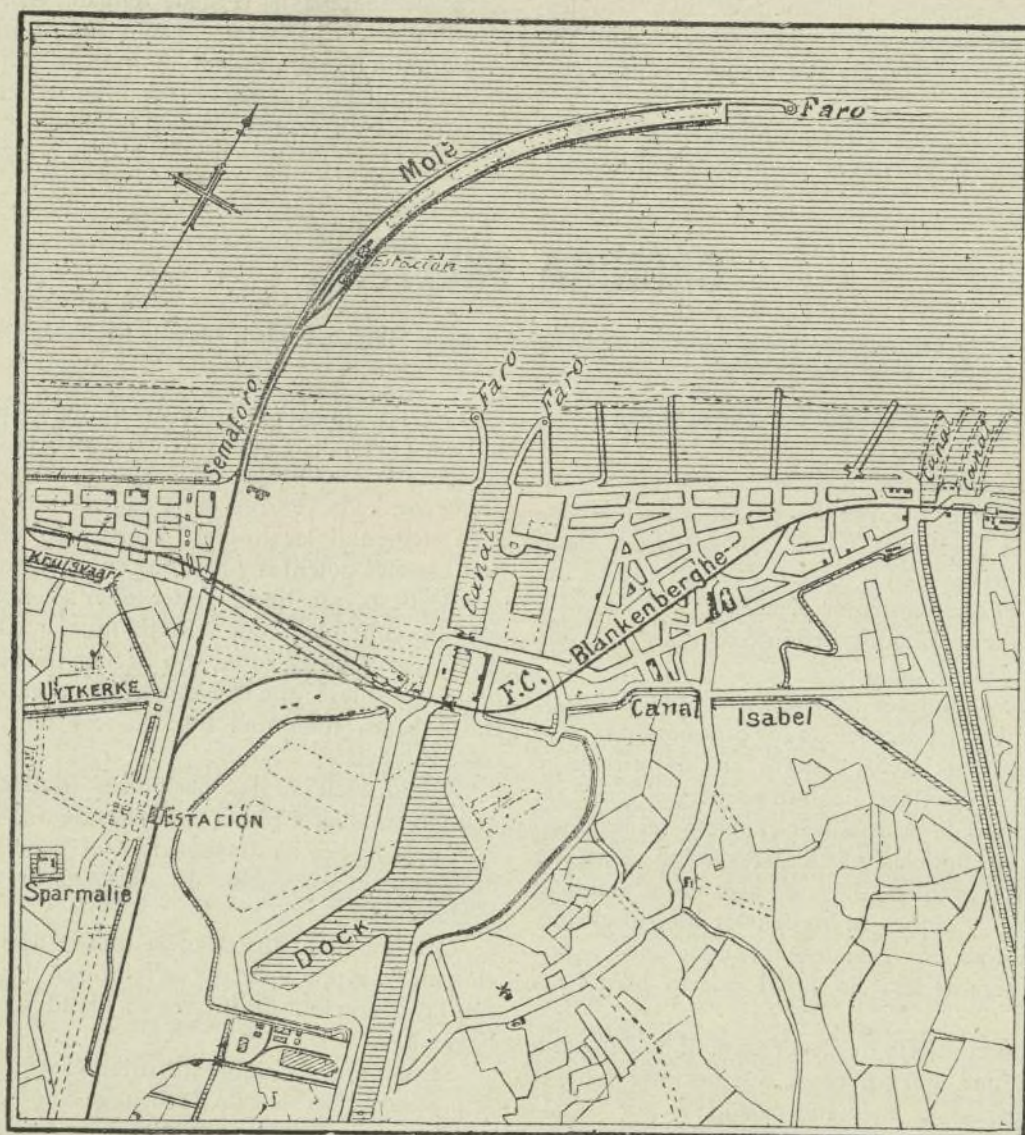
Se presenta el siguiente dilema: si los alemanes se proponían servirse de Zeebrugge como base naval, ¿para qué necesitan ir a Calais o simplemente a Dunquerque, perdiendo en el avance muchos millares de hombres, y quedando en situación más comprometida que la que ahora ocupan? ¿A qué tratar de substituir un puerto perfectamente al abrigo del ejército enemigo, por otro amenazado de cerca por los aliados y que sólo tendría sobre el primero la ventaja de acortar la navegación entre el continente e Inglaterra una o dos horas? Sobre todo, antes de que Calais o Dunquerque fueran convenientemente dispuestos como bases navales, y fortificados y artillados para reunir las apetecibles condiciones de seguridad, transcurriría mucho tiempo, y en la guerra el tiempo es un factor esencial.

Sería menester antes de emprender la acción directa contra Inglaterra derrotar a los aliados, apoderarse de Dunquerque y Calais, arrojar al enemigo bastantes kilómetros más allá, fortificar y artillar fuertemente los alrededores, reparar los grandes desper-

fectos que los franceses no habrían dejado de causar en los puertos, transportar el material y reunir allí las escuadrillas ligeras: por lo menos seis meses. Mientras que utilizando Zeebrugge desde luego, con un mes o algo más habría bastado. Por consiguiente, si Zeebrugge tenía la importancia militar que pretenden los ingleses, no se ve la necesidad para los alemanes de llegar a todo trance a Dunquerque y Calais, ni son los dos puntos objetivos militares del interés que se ha querido atribuirles. Esta conclusión está completamente de acuerdo con lo manifestado

que y Calais, por muchas razones, no revisten por ahora el papel de objetivos militares para los alemanes.

Pudiera ser, con todo, que los destrozos en Zeebrugge hayan sido tan considerables que el puerto esté prácticamente destruido; en esta hipótesis, hay que esperar un enérgico avance de los alemanes en Flandes, para conquistar otra base naval que reemplaze a la inutilizada. No parece probable esta hipótesis, aunque carezco de datos para fundamentar mi creencia



El puerto de Zeebrugge

en otra *Crónica*, y corrobora que los alemanes no están obligados, ni por la situación militar, ni por los grandes fines que han de perseguir en esta guerra, a sacrificar sus fuerzas en un avance en dirección de Calais por el Norte.

Pero si Zeebrugge no iba a ser una base naval y de nada había de servir a los alemanes, éstos pierden un tiempo precioso detenidos en el camino de Dunquerque, y los ingleses nada han conseguido destruyendo en parte el puerto, ni está justificado el júbilo en la Gran Bretaña.

Y como no es admisible que se equivoquen a la vez los ingleses y los alemanes, ha de inferirse que efectivamente Zeebrugge estaba llamado á tener una importancia naval de primer orden, y que Dunquer-

II. — La campaña en Polonia rusa

El gran retraso con que llegan las noticias oficiales alemanas y rusas, desvirtuadas siempre por la prensa franco-inglesa, es causa de que la campaña en Polonia aparezca confusa y todavía no haya podido ponerse en claro lo que allí ha ocurrido. No obstante, ha comenzado a descorrerse el velo que ocultaba el cuadro, y puedo ya dar a conocer a mis lectores, en líneas generales, lo allí acontecido.

El objetivo principal de los rusos ha consistido desde los primeros días de la guerra en destruir al ejército austro-húngaro, tanto para efectuar la invasión de Hungría como para contener y reprimir posibles complicaciones rumanas y búlgaras. Al mismo

tiempo se efectuó un avance contra la Prusia oriental, desistiéndose de operar en la frontera polaca, contra Posen, porque el teatro estratégico no se presta a esta operación en tanto no se haya conquistado la Prusia oriental.

La invasión de esta provincia fracasó y terminó en una derrota espantosa, como es ya sabido. Las cosas fueron mejor en Galizia, pero la rápida retirada de los austriacos y la llegada de refuerzos alemanes contuvieron el esfuerzo ruso. No bastaban las fuerzas reunidas para intentar una segunda campaña más afortunada, y las operaciones entraron en un período de calma impuesto por la necesidad de acumular fuertes contingentes en Galizia y el S. de Polonia. Entre tanto, los alemanes iban concentrando en las fronteras de Silesia y cerca de Thorn y Posen los refuerzos llegados del O., y sin esperar a que entraran en línea se dió la orden a las tropas de la Prusia oriental que tomaran la ofensiva, con el único y exclusivo objeto de atraer hacia sí, en dirección al N., a una parte del ejército enemigo. Efectivamente, algunos cuerpos de los apostados en la región de las plazas fuertes al N. de Varsovia tuvieron que dirigirse al N. O., mientras poco a poco iban llegando otras tropas para cubrir el claro y defender la línea del medio Vístula. En Galizia los austriacos acababan de tomar de nuevo la ofensiva, de suerte que a mediados de octubre el ejército ruso era atacado en sus dos alas extremas y tenía que acudir á hacer frente al doble peligro.

En este momento, el general von Hindenburg, comandante en jefe de los ejércitos aliados del E., inició con escasas tropas un rápido avance por la Polonia rusa, repelió, sin grandes combates, los pequeños cuerpos de observación que allí tenía el enemigo, acercándose a Varsovia por el N. y a Ivangorod por el S. Pero, aunque no tuvo lugar ninguna batalla, con gran sorpresa para todos los alemanes llegaron al medio Vístula y retrocedieron con la misma celeridad que habían puesto en el avance. De las muchas hipótesis que se emitieron para explicar una maniobra tan inesperada, una de las que parecía más razonable fué la de suponer que Varsovia estaba casi desguarnecida y los alemanes trataban de apoderarse de ella, punto menos que por sorpresa. Y, efectivamente, se ha sabido ahora que los alemanes contaban con la *posibilidad* de este hecho, aunque no con su *probabilidad*. Varsovia sólo figuraba en segundo término en el objetivo que llevó a Hindenburg a intentar la invasión de Polonia. El verdadero objeto que se propuso no fué otro que el de preparar, para valerme de una expresión vulgar, pero expresiva, aquel teatro para las operaciones subsiguientes. Adelantando rápidamente desde la frontera de Silesia con tropas montadas, apoyadas por columnas ligeras de infantería, el general alemán llegó a la línea del medio Vístula antes que su adversario tuviera tiempo de ocuparla fuertemente, y destruyó la vía férrea que corre a lo largo de su orilla derecha y que tan valiosos servicios podía prestar á los rusos en caso de un ataque enemigo; no contento con ésto, los caminos que desde Lodz al Vístula corren transversalmente y se prestan a movimientos de tropas a retaguardia del frente de batalla, fueron también inutilizados, y toda aquella porción de Polonia que-

dó en malas condiciones para que los rusos pudieran trasladar sus masas de un punto a otro con la premura que tan recomendable es en la guerra. Si los alemanes consiguieron o nó realizar completamente su objetivo, se ignora, aunque afirman que sí. Lo cierto es que a la aparición de las primeras masas rusas, los débiles cuerpos invasores se replegaron a toda prisa, buscando el amparo del Varta y la incorporación de las tropas que estaban concentrándose en la frontera. No menos de seis divisiones de caballería alemana tomaron parte en este atrevido avance, apoyado más al S. por otra tentativa de los austriacos contra Ivangorod.

La contraofensiva rusa se pronunció enérgicamente. Las vanguardias de caballería fueron derrotadas por los alemanes en Kolo, y comenzaron acto seguido las batallas, que duran todavía, que tan funestas habían de ser para los rusos.

La derecha rusa, atacada enérgicamente y amenazada desde la orilla norte del Vístula, fué derrotada en Vroclavieck, pero pudo evitar ser precipitada al río y se retiró en dirección S. E. El centro ruso, en Lodz, y al O. de esta población, fué dirigido al N. O. y se empeñó en Kutno una segunda batalla mucho más furiosa, que también concluyó con la derrota de los rusos. Pero la maniobra principal comenzada en aquellos momentos consistía en cortar el centro, en Lodz, para separarlo de toda el ala izquierda, y para ello era menester contener a la derecha rusa, muy reforzada, con las tropas que ya se habían batido en los combates anteriores, mientras nuevas tropas avanzaban directamente desde Kaliz. Sobrevino entonces la batalla de Loviez, en la cual una parte del ejército alemán corrió el peligro de ser envuelta y destrozada, por haberla cogido entre sus garras el ejército ruso del N. de Polonia (ala derecha) y las uerzas llamadas de la región de Lodz; la extraordinaria cohesión de los alemanes les permitió romper el círculo de hierro en que estaban cogidos, y la batalla fué una nueva victoria de las tropas de Hindenburg. El esfuerzo principal se dirigió contra Lodz, plaza que ha caído en poder de los alemanes. El centro ruso ha sido también vencido, y en la fecha en que escribo no se conoce la línea de retirada de los rusos, ni si la derecha y el centro han sido separados o han podido tomar la misma dirección. Una tercera batalla se libró simultáneamente más al S., hacia Petrikau, donde los austro-alemanes atacaron vigorosamente la izquierda rusa para impedirle que pudiera prestar auxilio a los cuerpos empeñados en Lodz.

La impresión que tengo de la última fase de la batalla es que el ala derecha austro-alemana, avanzando por Petrikan, cayó sobre el flanco del centro ruso y envolvió al mismo tiempo la izquierda enemiga, obteniendo con un esfuerzo relativamente pequeño un éxito de consideración.

Han sido estas batallas, libradas en un frente de 80 kilómetros, las más gigantescas de la guerra, y las desarrolladas con un fin exclusivamente militar: la destrucción del enemigo. No tardaremos en conocer detalles y entonces serán objeto de una descripción minuciosa. Por ahora baste con hacer constar que según las noticias francesas, inglesas, y las rusas que alcanzan al 26 de noviembre, la superioridad de

los rusos era indiscutible. Una vez más se ha demostrado que esa superioridad no es resolutive por sí misma, si no va acompañada de ciertas cualidades en el mando de las tropas.

En Polonia, los campos están congelados, lo que dificulta las operaciones, pero perjudica más al que se mantiene a la ofensiva, porque el hielo endurece las tierras y no permite efectuar trabajos de fortificación rápida. La campaña no parece que esté terminada, porque quedan aún a los rusos muchos cuerpos intactos, hasta ahora ocupados en las operaciones del S. de Polonia y en Galizia. Del resultado de la campaña en Polonia depende la marcha que tomen los acontecimientos en Galizia y en los Cárpatos, donde las operaciones no revisten verdadera importancia.

III. — La verdad sobre las batallas de Charleroi

La batalla más importante que ha tenido lugar en el teatro de operaciones del O., ha sido la refida en las jornadas del 21 al 24 de agosto, llamada comúnmente de Charleroi, aunque en este punto los combates revistieron poca importancia. Ni en los partes oficiales alemanes, ni menos en los franceses e ingleses, se encuentra una explicación de conjunto completa, sino fragmentaria. Ha sido menester esperar a que se publicaran relatos de testigos presenciales para formar cabal concepto de aquellos hechos de armas; pero como un testigo se limita a narrar lo que ha visto y su intervención en los combates, y a menudo hay desacuerdo entre lo que refieren, he tenido que compulsar un gran número de tales cartas y relatos para reconstituir la verdad, tomando como base de la misma los partes oficiales.

En mi *Crónica* del 2 de septiembre expuse cómo se desarrolló la batalla de Charleroi; ahora, en posesión de datos más completos, he de ratificarme en lo que dije, con la única salvedad de atribuir más importancia que la que le dí a la intervención del ejército alemán de Luxemburgo (del príncipe imperial). He aquí en pocas palabras lo ocurrido en aquellas jornadas.

La ofensiva francesa en Namur, el 20 de agosto, fué rechazada, y el 21 los alemanes atacaron la plaza y derrotaron el 22 a los franco-belgas que la defendían; el mismo día, un cuerpo alemán avanzó contra los ingleses reunidos en Mons, desbaratándolos el día siguiente con fuerzas superiores, y obligándoles a replegarse el 23 de agosto, así como al centro francés. Pero la maniobra decisiva fué la llevada a cabo por el príncipe imperial, a la cabeza del ejército más fuerte, que desembocando del Luxemburgo avanzó hacia Longuyon, derrotó a los franceses en los combates del 22 al 25 de agosto, los persiguió enérgicamente y sin descanso y marchó por retaguardia contra el ejército enemigo que aún se esforzaba en guardar la frontera de Bélgica. Esta maniobra del Kronprinz provocó la inmediata retirada de todo el ejército francés, que de lo contrario habría sido cortado y destruido, teniendo lugar entonces aquel movimiento de retroceso conducido hábilmente por el general Joffre. Cooperó en estas operaciones el ejército del duque de Wurtemberg, que ganó la victoria de

Neuchateau y avanzó inmediatamente a la derecha de las tropas del príncipe imperial.

Estos hechos confirman plenamente y una vez más lo que tantas veces he dicho: en aquella campaña los alemanes prescindieron del factor inglés y sólo se atuvieron al punto de vista francés, y según este plan situaron su ejército principal en la región al N. de Metz, por donde habían de efectuar, y efectuaron efectivamente, el golpe decisivo.

IV. — Operaciones en el teatro occidental

Por fin, los franceses han reconocido lo que vengo diciendo hace muchos días: las tropas que los alemanes tienen en el frente de batalla de Flandes y el N. de Francia (casi todas de segunda línea) son bastante inferiores, numéricamente consideradas, a las de los aliados, y aquellos están manteniéndose a la defensiva. No he de añadir ni una palabra más, porque mis lectores lo saben hace ya mucho tiempo.

Sólo por la importancia que se pretende dar a la toma de Vermelles (entre Bethune y La Basée) por los franceses, me veo obligado a insistir en que la situación general no ha cambiado y permanece estacionaria. Desde primeros de octubre, los alemanes han tenido pequeños éxitos y han realizado cortos avances, que no he ido señalando porque al lector lo que le interesa es únicamente conocer los sucesos importantes y la marcha general de las operaciones; en los gráficos figuran las situaciones de los ejércitos de tiempo en tiempo y ellos corroboran que no ha habido cambios trascendentales.

Si he omitido hablar de la toma de Dixmuid, de Armentières, de La Basée, etc., por los alemanes, claro es que no he de examinar siquiera la influencia de las operaciones de la toma de Vermelles—mucho menos interesante—por los franceses.

Lo que sí debe registrarse es el hecho de que en la mitad meridional de los Vosgos los franceses hayan traspuesto los pasos de la cordillera y llegado a Thann y pueblos inmediatos. Mulhouse sigue en poder de los alemanes, los cuales también se mantienen dentro del territorio francés en la región al E. y S. E. de Nancy. Las operaciones en todo este sector carecen de importancia y no influirán en el resultado de la campaña.

Hay indicios de que los aliados están planeando una ofensiva en la región del N., pero como es notorio que varios cuerpos alemanes se encuentran en segunda línea, dentro de Bélgica, es dudoso que se produzca un ataque con fuerzas importantes por parte de los franceses.

Los austriacos siguen avanzando en territorio serbio. Nada se sabe de Egipto, ni del Cáucaso. En el Africa del S., los ingleses han conseguido apresar a uno de los jefes de la insurrección, el general Dewet, hecho de gran trascendencia y que ha de influir en la pacificación de aquel territorio (1).

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

9 de diciembre de 1914.

(1) En el cuaderno anterior se deslizaron las dos erratas siguientes:
En la penúltima línea de la primera columna de la página 366, donde dice Kutno, debe decir Konin;
En la página 368, el penúltimo párrafo debe comenzar así: «El 25 de noviembre, decían los periódicos ingleses que las vanguardias turcas estaban a 40 kilómetros de la frontera, dentro del territorio que hay al E. del canal de Suez.